

## COMENTARIOS DE PRENSA

LA PRENSA DEL PAIS REGISTRO LA CELEBRACION DE NUESTRO  
TERCER CENTENARIO CON NUMEROSOS COMENTARIOS, DE LOS  
CUALES TOMAMOS LOS SIGUIENTES:

*De "El Tiempo"*

### EL COLEGIO DEL ROSARIO

La celebración de los trescientos años del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario constituye auténtico acontecimiento nacional. Institución que así ha perdurado y se ha engrandecido a través de los tiempos, honra a la cultura de un pueblo y ofrece el maravilloso testimonio de la tradición, aleccionando a las generaciones y comunicándoles el misterioso aliento que nace de la historia. Si a lugar alguno se quisiera recurrir para saberse gravitando en el universo de los valores seculares, para comprender cómo se ha integrado la nacionalidad, para escudriñar su proceso intelectual, nada más acertado que transponer el umbral del claustro venerable. La antigüedad prolonga y demora allí la naturaleza de sus cosas y abre una suerte de refugio para la paz de la conciencia y la avidéz de los conocimientos. Algo así como si el Dios de Fray Cristóbal de Torres deparase la gracia de estabilizar y contener el vuelo de las horas para regalarle al habitante la sensación de las edades que fueron y enseñarle con ello que el hombre no es nada diferente de una lejana sucesión de voluntades, todo los días renovada y siempre leal a su primera esencia.

El Colegio Mayor del Rosario cumple los años que podría cumplir la república. Mejor dicho: es la república hecha dimensión cultural. Recuerda épocas sustanciales. Es la Colonia, es la Emancipación, es la Patria Nueva. En cada instante el país ha tenido su huella, ha recordado el nombre de sus maestros, ha podido enorgullecerse, para provecho del bien común, de la honesta dignidad con que han sabido servirlo sus discípulos.

Excepcionalmente podría compararse cuanto representa este Colegio como ciudadela del pensamiento y como ilustre fábrica, cuyos cimientos se confunden con la ceniza de los próceres que allí padecieron capilla fortalecidos por el amor a la libertad.

No podría decirse justamente que en instante alguno haya caído en desuso el espíritu de las Constituciones que rigen al Rosario y que según el anhelo de su redactor, Fray Cristóbal, atienden a que el colegio venga "a ser congregación de personas mayores, escogidas para sacar de ellas varones insignes, ilustradores de la república con sus grandes letras, y con los puestos que merecerán con ellas, siendo en todo el dechado del culto divino y de las buenas costumbres conforme al estado de la profesión".

Hace dos meses, en octubre, la Universidad de Salamanca conmemoró su VII centenario. El significado de la efemérides y el alcance y simbolismo de las ceremonias realizadas tuvieron especial trascendencia en Europa. Al lado de las universidades de Boloña y de París, la de Salamanca ocupa una preminencia de antigüedad y, por lo mismo, una jerarquía respetable y acatada. En América el Rosario se fundó lustros después de las universidades de México y Lima, pero no hay duda de que dentro de la proporción histórica de la Tierra Firme tres siglos compendian todo un itinerario social y resultan una trayectoria enlazada con los hechos fundamentales de la vida de los virreinos y de la existencia de los conglomerados que ganaron su independencia. De ahí que en la órbita de la propagación de la fe y del tomismo, del adoctrinamiento en las ciencias y las letras y de la educación para el culto de la patria, El Rosario se enorgullezca de su herencia. Y que esos méritos, como en el caso de Salamanca para el Viejo Mundo, adquieran para el nuestro una categoría superior.

Desde la época de su fundación hasta hoy el Rosario ha tenido rectores y consiliarios de enaltecida estirpe. Enumerarlos y aludir a sus méritos daría para mucho. Cada uno supo hacer de su conducta un ejemplo y de sus luces una forma de ayuda a los semejantes. Le ha correspondido a Monseñor José Vicente Castro Silva, digno heredero de Monseñor Carrasquilla, presidir los festejos del tricentenario. Basta decir que ese acontecimiento memorable y único ha tenido el patrono que se merece y que sus compatriotas, al admirarlo en el delicado y nobilísimo desempeño de su obligación, unen sus preces a las suyas para agradecer la fortuna deparada al claustro y para implorar que ella siga amparándolo generosamente.

*De "El Tiempo"*

El Colegio del Rosario

TRESCIENTOS AÑOS

Por *Eduardo Guzmán Esponda*

He recibido, en cierto lugar del viejo mundo, una amable invitación a las festividades del Colegio del Rosario, que cumple ahora trescientos años. Visto este aniversario a tanta distancia geográfica, pienso que tal lapso, guardadas proporciones entre América y Europa, es mucho mayor de lo que creemos a simple vista. Tener tres centurias en América viene a ser en el viejo continente algo como medioeval. Habría que pensar en la Universidad de París para encontrar la medida correlativa, en punto de vejez, o la comparación adecuada con el Colegio del Rosario. Así puede mirar por debajo del hombro a Princeton o a Yale. Por otra parte, ya es bastante que ese

Colegio Mayor haya salido con bien de todas nuestras vicisitudes públicas, hasta de nuestra afición a modificarlo todo, en el fondo o en la superficie. La gracia del Colegio del Rosario está en haber mantenido su alma, su fisonomía y su nombre.

No en vano fue fundado por un fraile previsor, que supo garantizar su obra con los elementos materiales y morales esenciales para una casa del espíritu. Se le puede observar en cualquier momento de esos tres siglos sin que se defraude tal calidad. Casa de la expedición botánica, si le miramos en tiempo de los virreyes; casa de la independencia, por cuya ancha escalera bajaron los antiguos colegiales a la "larga y negra partida"; casa de la república desde entonces hasta nuestros días.

Es que fray Cristóbal de Torres no hubo de vincular su fundación a ningún régimen político, ni siquiera al de la metrópoli, que era su propia patria; así como rehuyó dejarle la dirección del plantel a ninguna comunidad religiosa, ni siquiera a la orden de predicadores que era la suya. El instituto debería flotar a través de los tiempos por sí solo.

Una de sus condiciones características ha sido la de que entre los vaivenes de nuestra política el Colegio del Rosario se ha defendido siempre, por modo extraordinario, de las exageraciones sectarias cosa harto difícil en ciertas épocas. Así, en los tiempos en que imperaba la filosofía positivista en las cátedras oficiales de la federación, no perdió su nombre religioso, que es el de una de las más gloriosas advocaciones de la Virgen, y siguió usando el escudo blanquinegro de los frailes dominicos; y luégo mantuvo una serena mentalidad educativa y patriótica al venir la reacción conservadora de 1886.

Recuerdo con sólo haberlo leído una vez, hace muchos años, cierto artículo de monseñor Carrasquilla, sobre el doctor Juan Manuel Rudas. Este había sido rector del Rosario en los más aguzados tiempos del viejo liberalismo. Refiere monseñor que un día, ya bajo su católico rectorado, hubo de ir a inspeccionar algunos trabajos de mampostería que se adelantaban para la refacción de la capilla; y cuál no sería su sorpresa cuando descubrió al librepensador que había sido antecesor suyo en la rectoría, haciendo a los obreros, como iba a hacerlas frecuentemente, ciertas indicaciones para que quedara bien terminado el presbiterio. Otros detalles no menos sugestivos agrega el inolvidable rector.

Ese exceso no pertenece a las grandes piezas literarias de Carrasquilla, pero es encantador en su revelación, quizás impremeditada, de lo que constituye el alma del Colegio del Rosario, o sea, ese innegable señorío que ha tenido a través de los años, aún mediando toda clase de diferencias filosóficas. De ahí ese "esprit de suite" que resalta a lo largo de su historia.

Plásticamente se le ve en la galería de desteñidos retratos de antiguos colegiales con sus hopalandas, el libro de las constituciones en la mano y la beca blanca sobre los hombros, que cubren los paneles del aula máxima. Tal vez sus nombres y sus títulos, escritos en un ángulo de la tela, enmarcados con la orla barroca, no nos digan mayor cosa individualmente; pero el conjunto de todas esas figuras borrosas, de tonos infantilmente rembranesco, nos habla de la tradición, pero también de la marcha hacia adelante.

Lo mismo para los tiempos modernos, en que surgen nombres de rectores como el del doctor Francisco Eustaquio Alvarez ("el macho" Alvarez), de quien se cuenta que en una sesión de clausura del año, al darle como premio un libro al discípulo aventajado, le dijo: "Aquí tiene usted este libro, donde aprenderá a desconfiar de toda autoridad, empezando por la del maestro". O el doctor Nicolás Esguerra, o don Carlos Martínez Silva o don José Manuel Marroquín, según la época política que contemplemos.

En este cumpleaños del Colegio del Rosario que, sin la hipérbole inexacta a que somos tan aficionados, es uno de los más ilustres de América, todo es síntesis de evocación. ¿Podré, pues, dejar de hacer un recuerdo de quien "leyó en voz", conforme a las instrucciones de fray Cristóbal, durante más de 50 años, sus lecciones de castellano superior en aquel claustro? De esta clase quedaron diversas anécdotas, ciertas unas, falsas otras y la fama de la desesperante puntualidad, a las 7 a. m., con que llegaba mi padre a hacer su clase. La base del curso era la gramática de don Andrés Bello, con las notas de Cuervo. Bello y Cervantes constituían los dos puntos de mira permanentes de la lección. La gramática de la Academia Española quedaba en lugar secundario y a veces salía harto maltrecha de la explicación que se adelantaba con método un poco socrático: "¿Qué dice de esta formación el gran Bello"? Y el alumno contestaba lo que era pertinente. Entonces el profesor reforzaba con énfasis: "Sí, es así, pero la Academia Española no lo ha podido comprender todavía, y sigue creyendo que esos adjetivos son participios presentes". Y luégo venía al caso la cita textual del Quijote, que el profesor recitaba saboreándola como jugosa fruta.

El Colegio del Rosario es el ejemplo más claro entre nosotros de cómo se puede progresar sin aniquilar el pasado. Ha sabido conservar sanamente el ritmo de la vida. Siempre ha podido hacer suyo el verso clásico francés:

*Sur des pensées nouveaux faisons des vers antiques...*

Así, el elogio que se haga a sus modernas instalaciones y prolongaciones en el norte de la ciudad, no irá en detrimento del viejo claustro, único que parece quedar en Bogotá, y que Dios conserve, siquiera, por pocos años. No importa que la calle deje de tener una vara menos de ancho. Merecería ese patio ser declarado monumento nacional, por su noble arquería, sus corredores espaciosos, soleados, abiertos, y un ángulo desde donde se mira asomar coquetamente la torre de la capilla; y por todos los muros inscripciones latinas y castellanas, que dan la sensación de que el patio es un gran libro abierto, mezcla de historia y de poema. El rector actual, Monseñor José Vicente Castro Silva, ha aprestado esos muros con nuevas lápidas memorativas, en que culminan su arte epigráfico, tan raro entre nosotros. Ha sabido dar prestigio también, con larga e inteligente labor, al nombre del colegio. Al eminente prelado llegan hoy con justo título muchas felicitaciones. No le falte la nuestra.

Barcelona, diciembre.

## COLEGIO MAYOR

Tres veces centenario, el Colegio Mayor del Rosario tiene las tradiciones universitarias que ostentan claustros ilustres como los de Salamanca, Bolonia, la Sorbona, Heidelberg, Oxford y Cambridge. Nacido grande, merced a la inteligente perspicacia de su fundador, el arzobispo Cristóbal de Torres, ha sido semillero de grandes patriotas. Ser rosarista, vestir las prendas de colegial, constituye en Colombia una prenda de éxito.

Centro fundado para formar caracteres y despertar inteligencia, puede decirse que comparte con el colegio de San Bartolomé la gloria de haber formado a los próceres que habían de iniciar la independencia nacional. En él explicó Mutis sus lecciones, a través de las cuales descubrían sus alumnos la obligación de servir a la patria en ciernes. Las enseñanzas otorgadas por preclaros profesores, abrieron nuevos horizontes a los espíritus inquietos.

El Colegio del Rosario no sólo cumplió su misión en los albores de la independencia, sino que ha seguido actuando en beneficio de la república. La lista de quienes en sus claustros se prepararon para servir al país, sería suficiente testimonio de su participación en la vida nacional. Porque es preciso admitir que como ninguno, ese ha sido el claustro que más ha influido en la formación de la conciencia colombiana a través de sus alumnos.

El arzobispo fray Cristóbal de Torres, consiguió para el Colegio Mayor y Real de Nuestra Señora del Rosario, las prerrogativas que tenía el del arzobispado de Salamanca. Es decir que desde aquel lejano día del 18 de diciembre de 1653, el ilustre establecimiento educativo empezó a actuar de lleno, con su grandeza e influencia en la existencia de la república. Nunca ha perdido ese tutelaje, sino que los años lo han hecho más importante e influyente.

Sus tres siglos de vida han presidido la evolución de la nacionalidad, desde los albores de la colonia, a la madurez de la sociedad neogranadina, de los ensayos incoordinados de la independencia a la consolidación de la república. Y ha podido mantenerse en esa altura, porque sus estatutos permanecen inalterables, con las únicas modificaciones que determina el devenir de los siglos.

Los rosaristas han sido y seguirán siendo hombres completos, desvelados patriotas e investigadores infatigables de la realidad nacional. Ello ha sido posible merced a la formación espiritual e intelectual que el ilustre claustro les proporciona. Desde el arzobispo fray Cristóbal de Torres hasta monseñor José Vicente Castro Silva, pasando por ese gran maestro de juventudes que fue monseñor Rafael María Carrasquilla, los rectores y profesores del Rosario han ejercido un verdadero tutelaje sobre el país.

Bajo el patronato del presidente de la república y con la rectoría honorífica del cardenal-arzobispo, el Colegio Real y Mayor de Nuestra Señora del Rosario, llega hoy a los tres siglos de existencia. Es una fecha grata para los colombianos y que nos llena de orgullo. Lo que se ha hecho a través de trescientos años, supera a lo que pueda relatarse en las breves líneas de un comentario periodístico. Por eso, para comprender la trascendencia e influencia del Colegio del Rosario, basta repasar la lista de quienes allí encontraron pan espiritual y formación intelectual.

De "El Colombiano"

## EL COLEGIO DEL ROSARIO

Trescientos años atrás, el 18 de diciembre de 1653, el muy ilustre doctor y maestro Fray Cristóbal de Torres, arzobispo de Santafé, ponía en ejecución la real cédula que daba nacimiento a uno de los más ilustres centros culturales de la nación. Se iniciaba el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, con todos los honores y privilegios de que gozaba el del arzobispado de Salamanca. En aquella época apacible el acontecimiento adquirió gran trascendencia, y la fundación es todavía un prodigio para Colombia. En el Colegio Mayor del Rosario se formaron los grandes próceres, guiados en sus investigaciones por figuras eminentes. Allí el sabio botánico Mutis regentó su cátedra de ciencias naturales, que dio origen a la famosa expedición, y allí se perfilaron intelectualmente Caldas y Torres, el de porte romano. Y desde entonces, en todos los momentos históricos, el país ha tenido en el Colegio de Nuestra Señora del Rosario la inagotable fuente de la cultura.

La fundación se hizo con la solemnidad del caso. Un colegio mayor y real se establecía entonces para encauzar la actividad educacional de la Nueva Granada. Los estatutos se han mantenido invariablemente, conservando la autonomía de la institución, y sólo se han hecho las adaptaciones a los tiempos que van corriendo. El presidente de la república es el patrono del Colegio, y el rector honorario, que integra el claustro es el arzobispo de Bogotá. Su escudo, de la orden de Calatrava, le da precisamente el rango, constituye su cédula de nobleza, su abolengo imperial.

Colombia celebra hoy el tercer centenario del Colegio Mayor, dándole a la fecha la importancia debida, su significación exacta. El gobierno, las instituciones educacionales, las universidades, la Academia de Historia y todos los centros científicos se han asociado a la efemérides. Porque aquella fundación fue para la patria la colocación de un glorioso hito en la escala de su ascenso espiritual. Se entonan hoy las saluciones y se inclinan ante la memoria de Fray Cristóbal de Torres no sólo quienes ahora le heredan nutriéndose en sus claustros, sino todos aquellos llamados a ello por la preeminencia de su espíritu.

ESTE DIA

1653

— 18 de diciembre —

1953

## COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Tres siglos

*Cuna de la República y casa indiscutible de la democracia colombiana.*

La majestad de Felipe IV reinaba sobre las Españas cuando a perturbar sus ocios de monarca llegó un buen día de septiembre de 1645, desde las Indias remotas, fino pliego de peticiones. Adornábalo un sello arquiépiscopal, fechado estaba en el Nuevo Reino de Granada y era Fray Cristóbal de Torres el signante.

Quién podría figurarse en pleno siglo XVII y en el ambiente orgulloso de la Corte que, en Santafé de Bogotá, un Prelado meditaba la creación de un Colegio y que, en sus vanidades de fundador, solicitaba del soberano para su obra honores conferidos a la misma Universidad de Salamanca?

¿Y quién hubiera pensado que Fray Cristóbal de Torres vacara en sus altísimas funciones para idear y asentar con ciertos rasgos de las de Calatrava, sabias constituciones que regirían en su Colegio en proyecto?

Bien se conocía a Fray Cristóbal en España como que de allá era nativo y por la Corte había pasado con honores. Por ello y por lo razonable de sus solicitudes la voluntad de Felipe estaba lista a acceder al memorial, más exigíanse como indispensables condiciones pertenecer a la nobleza y cargar escudo. Aquí reside el por qué los rosaristas llevan como suya la insignia de Calatrava, ya que no fue otra la que el Arzobispo eligió para su Colegio y la que por Real Cédula confirió el monarca en 31 de diciembre de 1651.

Fray Cristóbal de Torres, arzobispo de Santafé de Bogotá, fundó el Colegio Mayor de Santafé de Bogotá, este día 18 de diciembre de 1653, —se cumplen tres siglos—, y le entregó su administración a los religiosos dominicanos.

El Arzobispo fundador precisó el fin de su Colegio, cuando en el título IV lo definió como "Seminario de la doctrina de Santo Tomás y sus colegiales imágenes formadas a la semejanza del Santo Angélico".

Pasado corto tiempo, quisieron los frailes reunirlo a la Universidad Tomística, o sea al Colegio fundado por Gaspar Núñez, que también dirigió, a lo cual se opuso el señor Torres, y para impedir que los dos Colegios se efectuara después de su muerte, revocó la donación hecha a los dominicanos, secularizó el instituto y nombró rector perpetuo al doctor Cristóbal de Araque Ponce de León, natural de Pamplona. Consiguió en las Constituciones del instituto, como indispensable condición para vestir la beca, que el postulado acreditase nobleza hereditaria, y si bien es cierto que con tal condición limitaba el beneficio de los nobles, por lo general

acaudalados en aquellos tiempos, es evidente que tuvo el mérito de abrir la carrera de las letras, tan descuidada por el poder civil, en la atrasada Colonia. Y es de notarse que fueron los nobles, educados en su mayor parte en aquel plantel, los que más tarde fundaron la igualdad republicana.

Como el fundador era dominicano, quiso que el Colegio llevase las insignias de su orden, y dispuso que las hopas de los colegiales fueran negras y las becas, con el escudo de Santo Domingo, al cual hace orla el rosario con el nombre de MARIA. Y en testimonio de que son colegiales de la Virgen, previene la primera de sus constituciones, que junta la comunidad todos los días en su iglesia, se rece a coros el rosario a la salida y puesta del sol. *A solis ortu us que ad occasum laudalite nomen Domini.*

### LA BORDADITA

En el altar mayor de la capilla del Colegio, reconstruido en época moderna, se colgó de nuevo una imagen de la Virgen del Rosario, cuya historia es digna de mención. Laboró sobre tela con sedas de colores, según tradición del Colegio, la mano real de una reina de España. Cuando el Monarca español expidió la cédula en favor de la fundación del Colegio, la reina quiso también tomar parte en la fundación, y con tal fin bordó el cuadro mencionado y se lo envió al ilustre Arzobispo, con el propósito de que sirviera de abogada a los hijos. Hace pues tres siglos que los investidos con la beca blanca y el escudo negro de Santo Domingo, insignia de los colegiales del Rosario, veneran esta imagen y la designan con el nombre familiar de La Bordadita.

En lugar de honor del aula máxima del Colegio se conserva un retrato del fundador, hecho al óleo por el célebre pintor santafereño Gaspar de Figueroa, notable obra de arte ejecutada en 1643. El arzobispo está de pie, apoya la mano izquierda sobre un libro abierto, en el cual está escrita el *Avenmaría* en latín, que descansa sobre una mesa de sencilla construcción, cubierta con rica carpeta, y sobre la cual se ve un tintero con pluma de ave. En la aristocrática mano derecha tiene un guante; la región torácica la cubre la muceta morada, y sobre ésta se destacan la cadena de oro y la cruz arzobispal. El resto del cuerpo lo cubre el hábito blanco de Santo Domingo. La inteligente cabeza se levanta sobre amplia cogulla blanca. El rostro está rodeado de barba cana, la frente es espaciosa y se une en suaves curvas al cráneo sin cabello. En la parte superior del cuadro se divisa una imagen de la Virgen del Rosario; en el ángulo izquierdo se ve medio plegada una ancha cortina.

Se conserva en el Colegio una rica galería de retratos pintados al óleo, de colegiales distinguidos, de profesores y rectores del claustro, y de hijos ilustres de este Colegio, —cuna de la República y casa indiscutible de la democracia colombiana—, muchos de los cuales fueron próceres de la independencia.

El señor Araque Ponce de León, primer rector del Colegio del Rosario, hizo viaje a España y llevó documentos para seguir el pleito con la Orden Dominicana sobre administración de dicho plantel. El Consejo de Indias falló a su favor, y el rey se autonombró patrono del Colegio, excluyendo a los que el fundador había nombrado.

Los representantes del Rey en el Nuevo Reino de Granada ejercieron el patronato real, y desde 1819 heredaron, merced al triunfo de Boyacá, este decreto los presidentes de la república.

El rector Araque Ponce de León murió en España; delegó sus funciones al vicerrector Juan Peláez Sotelo, y éste recibió el Colegio de manos de los Frailes Dominicanos, el año de 1655. Desde este año gozó el Colegio de autonomía, según las Constituciones del fundador a la sombra del patronato real.

En virtud del patronato, expidió el rey de España, en 1758, cédula en la cual prohibía que la elección de rectores del Colegio del Rosario recayera en individuos del clero que desempeñaran funciones de curas, porque éstos, si eran electos, abandonaban su feligresía o no atendían bien el cargo de rector. Y refiere el cronista Vargas Jurado que la comunidad del Colegio asistía a los grandes duelos, o sea a las honras fúnebres que se celebraban en Santafé cuando fallecían los Monarcas de España, sus esposas y sus hijos, "de viudos con las becas envueltas".

El ilustre fundador del Colegio del Rosario, Fray Cristóbal de Torres, verdadero mecenas de las letras en la Colonia, falleció en Bogotá el 9 de junio de 1654.

En "El Monitor" de la ciudad de Antioquia (1886), el doctor José María Martínez Pardo, que fue alumno y profesor, por oposición, del Colegio del Rosario, y que se consideraba en ese año el hijo más antiguo del ilustre Colegio, publicó sobre éste el siguiente sentido artículo:

#### "EL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO"

Nos complace el recuerdo de haber sido interno en el Colegio, debido a la munificencia y filantropía del Ilmo. señor Dr. D. Fray Cristóbal de Torres; y hoy con regocijo hemos leído en el número 62 de "La Nación", el artículo en que se da cuenta de la restauración de la capilla pública de ese establecimiento de educación, la que por muchos años permaneció sin que en ella se celebraran las funciones del culto, sin que se invocara la protección de María en su advocación del Rosario, contrariando la respetable voluntad del ilustre fundador de ese colegio. Los que echaban en olvido, o lo que es peor, los que como superiores de ese plantel de educación hacían objeto de ludibrio los estatutos que en él debían observarse, si tenían derecho para llamarse hijos del Rosario, debían ser hijos espurios, y tal vez ni esto serían, sino extraños que usurpaban un puesto al que nos los llamaban ni les permitían ocuparlos las constituciones de la casa.

Pero al fin un Gobierno justiciero, respetuoso de todo derecho, ha acordado un acto de reparación que pone término a un abuso que se venía cometiendo en menoscabo de la voluntad de un Prelado de la Iglesia católica, quien invirtió todo su haber con el fin laudable de la juventud del entonces Virreinato de la Nueva Granada, a la vez que ilustrara su inteligencia con los conocimientos de las ciencias humanas, dieran fortaleza a su espíritu con los sentimientos religiosos siguiendo la doctrina del Angélico Doctor, como se exigía en virtud del juramento que se prestaba al entrar en la comunidad tomística.

De los pocos que vivimos hoy y que tuvimos el honor de llevar cruzada en el pecho la beca blanca, beca que hacía que el que la cargaba se respetara a sí mismo y se comportara respetuosamente en las reuniones y puestos donde se hallara, nos creemos el hijo más antiguo del Rosario. Existen nuestros ilustrados condiscípulos doctores Antonio del Real, en Cartagena, Victoriano Diego Paredes y Agustín Núñez, en Bogotá, mas cuento sobre ellos la antigüedad en la recepción de la beca.

Como decimos, nos creemos el más antiguo de los que fuimos colegas del Rosario, porque dudamos si nuestro venerado amigo el señor doctor Antonio Mendoza, que existe en Medellín, cruzó esa insignia; no tuvimos ocasión u oportunidad de vérsela llevar; pero si así hubiese sido, nos honramos cediéndole la primogenitura, y por lo mismo sin que para esto deba mediar plato de lentejas pues no es el caso para que así se haga: le viene de derecho.

Y bien sea como primero o como segundo, nos es grato felicitar al digno Rector que se haya encargado de dar cumplimiento a las antiguas disposiciones, bajo las cuales el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario dio a la nación los distinguidos varones, honra y prez de nuestra patria.

*José María Martínez Pardo*

Antioquia, 20 de mayo de 1886".

De "El Espectador"

#### REVISTA DEL ROSARIO

La fiesta con que se conmemoran hoy los trescientos años del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario no constituye solamente motivo de profunda alegría y justificado orgullo para quienes han formado o forman parte de la enorme familia Rosarina, sino que de ella participan todos los colombianos, porque son muchos los bienes que la patria ha recibido de aquella fuente inagotable de la inteligencia.

Se ha dicho que Colombia, en su prodigioso desarrollo, necesita hombres de talla nacional, una clase dirigente ampliamente preparada para hacer frente a los muchos y complejos problemas que el progreso de un país adolescente plantea a la capacidad de sus administradores. El escollo no es sin embargo la escasez de hombres. Más bien es de falta de centros de preparación intelectual, que permita al hombre penetrar en el infinito universo del conocimiento. En este aspecto el Colegio Mayor del Rosario ciertamente ha sido fértil semillero capaz de abastecer a la patria de los elementos que cada época de su historia ha exigido para su supervivencia y para su engrandecimiento. Durante trescientos años los alumnos del Colegio Mayor del Rosario han abandonado las aulas universitarias para sumergirse preparadamente en el amplio océano de los problemas administrativos, y los colombianos, sin distinciones de clase o políticas, hemos recibido los beneficios que una educación espléndida logró imprimir en las más esclarecidas inteligencias nacionales. Bastaría recorrer las páginas de la historia colombiana, aún superficialmente, para comprobar que un elevado

porcentaje de los grandes hombres, de los estadistas, de los letrados, realizó sus estudios en el antiguo Colegio en hora feliz fundado por Fray Cristóbal de Torres.

Si la tradición jamás se ha interrumpido en esa impresionante producción en serie de inteligencias sabiamente preparadas, tampoco ha sufrido modificaciones la inspiración bajo la cual se fundó el Colegio. Todos sus rectores, durante 300 años, han mantenido el espíritu superior que le impuso su original sello de grandeza. Precisamente hoy el Colegio del Rosario está bajo la dirección eminentísima de Monseñor Castro Silva, en quien se confunden todos los grandes atributos que han hecho del Colegio del Rosario un orgullo nacional, cuya admiración colectiva se acrecienta con los años —que se confunde con la historia de Colombia— como la del Colegio del Rosario permite guardar las más optimistas esperanzas sobre el futuro de la patria. En los patios coloniales del Colegio del Rosario hoy, como hace 300 años, se está fabricando a Colombia.

\* \*  
\*

El Colegio del Rosario cumple trescientos años de su fundación. Es un plantel que viene desde los días coloniales, cuando la instrucción pública era una proeza del sacerdocio enfrentada al bajo nivel cultural, que al decir de algunos historiadores, afectaba a la gran masa granadina.

Pero la "élite" iba a los claustros a educarse. De las aulas del Rosario salieron muchos de los próceres. Esta veneranda institución hunde sus raíces casi en los mismos comienzos de la historia patria y a ella se une con el aporte de grandes lumbreras que irradiaron su luz orientadora en la gesta de la emancipación.

La fundación del Colegio del Rosario, debida al padre dominico fray Cristóbal de Torres, con autorización de Real Cédula, hoy hace tres siglos, es uno de los acontecimientos culturales que salvan del reproche criollo a la España de la época, y fue precisamente un seminario de ideas donde se forjó gran parte de la pléyade de la resistencia patriota en el campo intelectual.

Esto es suficiente motivo para la eterna gratitud de los colombianos hacia esa institución y para registrar hoy públicamente con respeto y simpatía los trescientos años de haber sido fundado.

De "Diario del Pacífico"

FRAY CRISTOBAL DE TORRES

En estos días la República está celebrando el tercer centenario de la fundación del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, sin cuya historia no es posible comprender cabalmente la historia de la Patria, porque la independencia de ésta hunde sus raíces en las Constituciones de aquel instituto y porque su organización republicana y democrática tiene esos mismos sillares y encuentra su clave en ese mismo documento de fecunda y ejemplar sabiduría.

Para estimarlo en su valor intrínseco y para medir el alcance de su contenido revolucionario, hay que volver los ojos hacia la organización política predominante en todos los estados de la tierra por la época de la Colonia y en los días de la fundación del Colegio. El régimen cesáreo de las monarquías absolutas imperaba vivo y dominante. No existía la diferenciación de los órganos del poder público cuya autoridad se concentraba exclusivamente en las manos del monarca, y lo que hoy llamamos soberanía del pueblo era, ante el derecho divino de los reyes, si de ello podía hablarse, o una herejía, o un mito, o sueño.

Quién dentro de estas circunstancias, iba a pensar que un fraile dominicano, de rancia cepa española, escolástico y tomista, podía idear la fundación y organización de una república en miniatura, trazada con mano maestra, incrustada en el cuadro universal de la monarquía, en la muy ilustre ciudad del Aguila Negra, entonces integrada por chozas humildes, una que otra mansión de hijodalgos, y muy escasos centenares de almas? Y quién iba a pensar tampoco que todo aquello constituía una preparación misteriosa y providencial para el ejercicio de las libertades y para la organización democrática de otra república que corrido el tiempo iba nacer del genio creador de Bolívar? Quién iba a pensar todo aquello si no Rousseau, ni Montesquieu, ni la Enciclopedia, ni la declaración de los Derechos del Hombre y del ciudadano, ni la Revolución Francesa de 1789, se adivinaban? Quién iba a pensar que Fray Cristóbal de Torres se anticipara a todo ésto y diseñara en sus Constituciones el modelo de la República, y antes del grito de independencia hiciera en su Colegio, de cada rosarista, el dueño de su propio destino con una organización que de ser posterior a la que ideó Montesquieu se diría copiada de sus esquemas?

Porque en términos generales, según esas Constituciones, el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario está organizado en la siguiente forma: Los alumnos, llamados convictores, representan al pueblo; de entre ellos, mediante rigurosa selección que se opera, por exclusión, a base de las más altas notas, surgen sus representantes que son llamados colegiales de número; éstos, por libre elección, nombran la Consiliatura, que viene a constituir como una especie de senado, que unido a los Colegiales, es como el cuerpo legislativo del Colegio. A este cuerpo legislativo le corresponde la elección de Rector que debe confirmar el Patrono del Colegio, que actualmente es el Presidente de la República. En esta forma el Rector, que aunque reelegible, no es vitalicio porque su período es limitado, es como el poder ejecutivo de la institución. Esto sin contar con el ambiente, de genuina libertad, de bien entendida igualdad y de verdadera fraternidad, que mana naturalmente de tan perfecta organización.

Vale decir que Fray Cristóbal de Torres creó en el Colegio una verdadera República. Una república cristiana, de carácter funcional y jerárquico, alimentada con el pensamiento filosófico de Santo Tomás de Aquino, que no pudo destruir el fiscal Antonio Moreno y Escandón, que permanece incólume, y bajo cuyo amparo puso el dominico su institución, mucho antes que la Santa Sede proclamara al Aquinate Angel de las Escuelas.

De esta suerte, sin preverlo, pues dentro del ejercicio de la libertad individual, suelen ser arcanos los medios de que se vale la Providencia para encauzar el giro de la historia, Fray Cristóbal de Torres preparó el terreno donde debía germinar y fructificar la semilla de la independencia, y organizarse democráticamente la República.

Precisamente de sus claustros salieron los más insignes patriotas, y es hecho averiguado que sin la organización que por sus Constituciones le dio el fraile dominicano a la institución que creaba, el movimiento de independencia no hubiera encontrado preparadas las almas para llevarlo a su cima, ni se hubiera producido en la sazón que lo fue, con la rapidez con que se efectuó, sino que, de no haberse acelerado por ese misterioso camino, se hubiera producido después de muchos lustros, con la lentitud que preside los fenómenos intelectuales de las masas humanas. Porque la revolución de independencia, no obstante ciertos factores coadyuvantes de distinto orden, fue en la Nueva Granada, especialmente en Santa Fe de Bogotá, un movimiento de intelectuales, escolásticos y tomistas, que logró contagiar y arrastrar a la masa ignara del pueblo.

Luégo, conseguida la independencia, concidentes en sus aspectos fundamentales la vieja organización republicana del Colegio con los entonces modernos esquemas de organización política del Estado, y no obstante las luchas que por su implantamiento se libraron, la República amolda sus instituciones a las seculares del Colegio, de cuyo aliento democrático bebieron los legisladores.

La patria independiente surgió así. No se puede negar que a Fray Cristóbal de Torres se le debe buena parte del suceso, y que con sus propias manos ayudó a modelarla. En todo momento los rosaristas han puesto a su servicio sus luces y virtudes. La fisonomía cristiana que ella ostenta, sus reservas morales, débense, en parte esencialísima, a la institución de Fray Crisóbal.

Entre sus rectores ilustres, los más recientes, Monseñor Carrasquilla y Monseñor José Vicente Castro Silva, son como dos faros siempre parpadeantes, iluminado con su lumbre los caminos por donde debe transitar la juventud. Su sabiduría rutila a la luz del día como la espada de Palas Atenea y es más brillante en la noche que la estrella de los navegantes. Ellos merecen la gratitud de todos los colombianos.

Loado sea, pues, Fray Cristóbal de Torres y loado el Colegio que él fundara. Dure el escudo de Calatrava como la bandera de la Patria.

*Antonio Moreno Mosquera*

De "El Tiempo"

#### TRICENTENARIO

En el próximo mes de diciembre celebrará su tercer centenario el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, fundado en 1653 por egregio arzobispo, y dirigido hoy por otro ilustre sacerdote en quien se dieron cita la prestancia intelectual y el amor entrañable a la obra de fray Cristóbal de Torres.

Lugar común es aquello de que el Colegio del Rosario fue cuna de la república y que de sus claustros brotó, en las postrimerías de la colonia, una pléyade de íntegros varones que educados en las aulas rosaristas, forjaron la independencia y no pocos de ellos pagaron con su sangre su interés y patriotismo.

A través de su existencia tres veces secular, el Colegio ha experimentado vicisitudes varias. Tuvo épocas de decadencia y brillantes etapas de florecimiento; duró apegado a los métodos educacionistas que imperaron en la colonia, pero cuando la ciencia ofrecía uno de esos jalones que marcan nuevos rumbos al entendimiento, el Colegio jamás fue ajeno al progreso. Fue allí donde se iniciaron los estudios de la incipiente medicina de entonces y los de las ciencias naturales, y de todo aquello que abría nuevos caminos a la juventud, dando de mano un poco a la filosofía peripatética y al ente de razón, para buscar en la naturaleza misma mejores enseñanzas.

Bajo la República, el Colegio del Rosario ha tenido hasta el presente una dirección clásica, cristiana y eminentemente republicana que le ha convertido en un establecimiento nacional en el sentido de educar a los colombianos en ideas de orden, de libertad bien entendida y de amor a la justicia.

El doctor Carrasquilla, que no desperdiciaba ocasión de infundir a sus discípulos el amor a lo grande y a lo bello, pensó que el Colegio no debía servir solamente a la formación de bachilleres, y fue así como nació, apoyada por el señor Caro, la facultad de filosofía y letras que durante treinta años dio frutos admirables. Más tarde ideó la facultad de jurisprudencia, no para competir con las similares sino para ofrecer esa carrera a jóvenes internos que así lo querían y deseaban, en precaución de múltiples peligros. Pero la coexistencia de dos facultades en el mismo colegio, produjo el utilitarismo profesional, y la juventud, deseosa de fines eminentemente prácticos, pronto fue desechando los estudios del humanismo para ensanchar el radio de la abogacía, como carrera más lucrativa y de más fácil acceso a los altos puestos de la república. Así, pronto pudo verse el abandono de las letras, por el campo de los códigos de leyes.

No queremos con esto significar que los estudios de derecho no sean de alta necesidad entre nosotros. A ellos se debe el espíritu civilista de la nación y el imperio de la justicia, pero para hacer abogados Colombia tiene hoy escuelas de derecho por todas partes. Nadie, sin embargo, podrá negar que son las letras el mejor ornamento de una sociedad culta las que dan lustre al entendimiento y las que campean con fuerza arrolladora en cualquier clase de disciplinas.

Por eso creemos que el Colegio del Rosario, al coronar su tercera centuria, debiera volver a pensar en la renovación de los estudios humanísticos, mas no de una manera empírica sino con la profundidad y extensión que requiere el conocimiento de las lenguas vivas y muertas; el de la ciencia de la educación, tan abandonada hoy; el de la historia de las literaturas antiguas y modernas, el de la filosofía, pero no restringida a los tiempos de Buda, sino siguiendo el pensamiento de los grandes maestros de todas

las edades, ajústese o no a nuestro modo de pensar actual; el de la historia tomada como ciencia, para derivar de los actos humanos en enseñanzas para el porvenir de la república y para producir escritores que a la fuerza documental reúnan los primores del estilo que tanto avasalla y produce el deseo de conocer más y mejor los anales de un pueblo.

Monseñor Castro Silva, que es maestro en disciplinas literarias, que ha bebido en fuentes cristalinas su profundo saber, y que goza de inmensa popularidad entre la juventud, está llamado a resolver si es ahora el momento de renovar, con alteza de miras, estos estudios de humanismo, que formen a un grupo selecto en el troquel del clasicismo puro.

De "El Tiempo"

### ROSARISTAS

Una de las pocas Universidades que ha sabido imprimir un carácter especial a quienes han pasado por sus claustros ha sido el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Miles de colombianos han pasado por su severo patio, y a la sombra de la estatua de su fundador, Fray Cristóbal de Torres, prepararon sus exámenes, repasaron sus estudios en la ciencia del derecho, penetraron en el claustro máximo y allí recibieron el título que los capacitó para ejercer la profesión y comprobó su conocimiento en las ciencias políticas. Fueron así rosaristas. Fueron universitarios que bajo la rectoría de ilustres hombres templaron su mente y recibieron provechosas lecciones. El Rosario, la Universidad y el Colegio, forman parte de nuestra historia patria. Enumerar la gran cantidad de personajes que de sus aulas han salido a la vida nacional, y han brillado con esplendorosa inteligencia y preparación en sus diversas especialidades, es tarea innecesaria. Con el mote de rosarista se lleva una base cierta, un principio valioso. Rosaristas se expandieron por toda la república y regresaron a sus departamentos a poner muy en alto el nombre que legó a ellos Fray Cristóbal de Torres. La majestuosidad del Rosario comienza en su claustro. En todo lugar la historia aplasta a los juveniles estudiantes. La despedida de Caldas, con su simbólica O, persigue a quienes afanosamente van a revalidar sus pasados exámenes, y el lento caminar de los colegiales en su función vigilante presta un sello austero y aún más severo al histórico claustro.

Cumple así el Rosario sus 300 años. Pero más que el tiempo transcurrido hay que recalcar la función patriótica cumplida por el Colegio y la Universidad. La patria tiene con el Rosario y sus rectores, hoy espléndidamente representados en Monseñor José Vicente Castro Silva, una incancelable deuda de gratitud. "Nova et vetera", lo viejo acompañado de lo nuevo, es lema que el rosarista, unido al amor patrio que sabe inculcársele en las doctrinas allí estudiadas, llevará siempre como noble emblema.

H. S.

De "El Tiempo"

### UN VICERRECTOR INOLVIDABLE

Hoy, cuando el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario rememora sus glorias tres veces seculares y se rinde homenaje de filial cariño al ilustre rector que llevó el nombre de Rafael María Carrasquilla, queremos recordar con profunda gratitud y reconocimiento a quien como vicerrector le acompañó por más de un cuarto de siglo.

A nadie se ocultará que se trata del doctor Jenaro Jiménez. No había transcurrido mucho tiempo de su ordenación sacerdotal cuando en 1903, en plan juventud, el doctor Carrasquilla llamó al doctor Jiménez al elevado cargo de vicerrector del Colegio. Siendo el Instituto de Fray Cristóbal de Torres esencialmente católico en sus enseñanzas y doctrinas, en su disciplina interna, en sus relaciones con las autoridades y con los padres de familia, nada más natural que un sacerdote de las prendas del doctor Jiménez fuera el asesor inmediato del eminente rector. Y en este puesto destacado lo conocimos todos los que pasamos por los claustros rosaristas. El doctor Jiménez fue en todo momento amigo cariñoso de los estudiantes sin excusarles los más ligeros desvíos en la ordenada marcha del Colegio; excelente consejero, nadie ocurrió a él sin encontrar la palabra suave y dulce del maestro; cumplidor estricto de sus deberes, jamás faltó a los suyos con solícito esmero y complacencia; en las cátedras que desempeñó (dogma y latinidad) era estudiante con los alumnos y nunca se creyó superior a sus mejores discípulos; celoso defensor de los intereses del clustro, vivía siempre con ojo avizor para que la más exacta corrección presidiera la rama económica del Colegio; y fue constante promotor de las mejores materias y embellecimiento del Colegio, como lo demostró con su entusiasmo por la construcción de la Quinta Mutis en 1924, levantada para solaz y recreación honesta de colegiales y convictores.

¿Cómo no recordar hoy, al lado del doctor Carrasquilla, al doctor Jenaro Jiménez, si la labor silenciosa pero eficaz del vicerrector, habría el campo a la actuación inteligente y patriótica del rector ilustre? Esto de olvidar es patrimonio común de los colombianos, cuando nada se puede esperar del agradecimiento que se tribute a una memoria. Pero los que aprendimos que la gratitud debe ir de brazo con el desinterés, no podemos menos, en este día fausto para el Colegio de Torres y Masútegui, de Caldas y de Mutis, de Carrasquilla y Castro Silva, de traer a la mente los grandes y leales servicios que prestó al claustro venerando quien fue su vicerrector y catedrático en un lapso de tres décadas del presente siglo.

A la muerte del doctor Carrasquilla, acaecida en marzo de 1930, el doctor Jiménez consideró que su presencia en el claustro debía cesar, y retirado a sus labores de alto miembro del coro catedral, no demoró mucho en unirse al doctor Carrasquilla en el seno de Dios, a quien tanto uno y otro sirvieron.

LOS GRANDES PROFESORES DEL COLEGIO DEL ROSARIO  
MONSEÑOR CORTES LEE

La fecha tres veces centenaria de la fundación del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, uno de cuyos festejos ha sido la erección de un monumento funerario en memoria de Monseñor Rafael María Carrasquilla, nos lleva a recordar, con suave y singular evocación, la personalidad del célebre humanista y orador sagrado que se llamó en vida Carlos Cortés Lee, y que, en la primera década del presente siglo, enseñó lengua y literatura griegas en las aulas del ilustre Claustro, como profesor de los jóvenes que en aquella época aspiraban al grado de doctores en filosofía y letras.

El doctor Cortés Lee, además de ser insigne orador sagrado, sobresalió en aquellos tiempos como maestro y expositor consumado de los clásicos griegos, en especial de Jenofonte y Homero, y sus clases tenían casi siempre como tema y derrotero el análisis de estos eminentes autores. Dominaba el sabio helenista las dos lenguas por excelencia clásicas, y, como su gusto literario, recibido como dón natural, y acrisolado en el cultivo de los grandes modelos, era de purísimos quilates, producía en sus oyentes, aunque no tuvieran muy despierta la potencia imaginativa, la más exquisita delectación, cuando leía y comentaba, con fidelidad lingüística, algún canto de la Iliada o escogidos trozos en prosa de la Retirada de los Diez Mil. Si quienes figuraron como discípulos de Monseñor Cortés, que en ningún año llegaron a cinco en número, ni menos en calidad, se hubiera mostrado, por su aplicación y talento, a la altura del maestro, sin duda Colombia habría tenido, en lo que va transcurrido del siglo XX, una pléyade esclarecida de humanistas que les dieran lustre y resonancia a las letras patrias.

Pocas veces, o quizá nunca, volverá a surgir entre nosotros un catedrático de lenguas antiguas y un humanista de la talla de Monseñor Cortés Lee, en quien podemos compendiar así las condiciones de maestro y orador: presencia y distinción propias de aquellos personajes que inspiraron a los grandes modeladores de la escultura y pintura clásica; voz amplia, de timbres majestuosos, rebosantes de armonía y suavidad, que resonaba en los templos más humildes de aquella Bogotá, produciendo en el oyente, por corto de sentimiento que fuese, las más elevadas fruiciones; con esto un conocimiento perfecto de la lengua helénica, que poseía y explicaba con sin igual destreza hasta en sus más escondidos repliegues; memoria admirablemente ejercitada para reproducir y poner en juego, en el momento preciso, los elementos radicales del verbo griego, que es lo más complicado de aquella lengua, el cual dominado, lo demás se consigue casi sin esfuerzo. En fin, el doctor Cortés Lee, como maestro y orador sagrado, no menos que en su carácter de ministro ejemplar de la sabiduría cristiana, merece hoy un homenaje de afecto y de admiración.

Tributémosle siquiera en esta fecha un pensamiento de renovada simpatía, haciendo que varón tan ejemplar figure en el triple centenario del Colegio Mayor del Rosario, en un mismo glorioso nivel con Fray Cristóbal de Torres y Monseñor Rafael María Carrasquilla, para no hablar sino de los que ya rindieron la jornada.

ARTURO ACUÑA A.

De "El Tiempo"

EL RECTOR

Refiriéndose a Monseñor Carrasquilla y a Monseñor Castro Silva decía ayer el doctor Antonio Rocha en su excelente discurso, que sus nombres son de aquellos que encarnaban un ideal y cifran la razón de ser de una vida, de una institución, de un país. Al primero de ellos, perpetuado en el mármol de los próceres, se ha rendido histórico homenaje. También a Monseñor Castro Silva, cuya austera trayectoria de Maestro prolonga las mejores glorias del Colegio Mayor del Rosario, pero quisiéramos de todos modos relieves, una vez más, sus méritos insignes y sus callados servicios a la patria.

Monseñor Castro Silva ha tenido, como Monseñor Carrasquilla, una rica, descollante y seductora personalidad. En las aulas del Colegio ha adoctrinado a la juventud, la ha guiado con su ejemplo y le ha abierto la puerta a los misterios de la cultura. No se ha reducido a explicar las lecciones de clase. Ha sido mucho más. El símbolo de la Colombia letrada, libre y generosa, que se mira en el espejo de las placas recordatorias, donde se percibe, sin ninguna mancha, el destello de los héroes y de las inteligencias singulares que han enaltecido su historia. Monseñor Castro Silva ha querido mantener encendida, en el espíritu del Colegio Mayor, la llama del carácter y de la sabiduría. Aquella de Caldas y Castillo y Rada, la de Pombo y la de Goethe, le de la belleza, la ciencia y la patria. Quien llega al claustro del Rosario, comienza, llevado por su Rector, el peregrinaje por la vida nacional. Y, en los intermedios de su misión didáctica, lejos de abandonarla, la continúa con nobilísimas divagaciones sobre la literatura de Colombia y del mundo. El estudiante descubre así el universo de las letras, guiado por su Rector, tolerante y benévolo, que enseña desde la cátedra o alecciona paseándose nerviosamente bajo los arcos memorables de antigua arquitectura.

Monseñor Castro Silva, según lo anotaba el doctor Antonio Rocha, ha hecho del Colegio la patria, de la concordia una religión, de la libertad una insignia. Ha sido fiel al alma de su escuela. La ha ennoblecido con sus virtudes, con su presencia, con su abnegación ejemplar, con el brillo clásico de su palabra emocionada. Su obra ha sido de la inteligencia y del corazón. Los problemas de Colombia han estremecido su sensibilidad. Y

el Maestro se ha acercado, en todas las circunstancias, a las inquietudes e inclusive a la ingenuas rebeldías de sus discípulos, magnánimamente, con generosa disposición del ánimo.

Los trescientos años del Colegio del Rosario se celebran en condiciones venturosamente propicias, gracias a la esclarecida personalidad que lo regenta. El tributo que a él se ha rendido lo compartimos entrañablemente. Y unimos nuestra voz a las que le expresan a Monseñor Castro Silva el sentimiento de gratitud de todos los colombianos.

MOTIVOS DE ARQUITECTURA ESPAÑOLA TENIDOS EN CUENTA  
Y TOMADOS COMO INSPIRADORES PARA LA RESTAURACION DEL  
COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO,  
REALIZADA POR DON LUIS ALBERTO ACUÑA

- 1 — Artesonado del Claustro Superior (casetones octagonales ornados con estrellas y puntas de diamante). Antecedente: techumbre del claustro de la Universidad de Salamanca.
- 2 — Friso de barbacanas en el costado norte de la capilla. Antecedente: alero de barbacanas del monasterio de Huelgas, en Burgos.
- 3 — Distribución, estructura y ornamentación interior del claustro (zapatas sobre los capiteles sustentantes de la mesa y alero; barandal y antepecho calados, de evidente traza mudéjar). Antecedente: claustro del Palacio Arzobispal de Alcalá de Henares. (Este mismo claustro constituye entre cien más ejemplo de las enjutas de los arcos decoradas con medallones).
- 4 — Tejado que remata la torre de la capilla, coronado por una linterna de cúpula curvilínea muy aguda. El alero de dicho tejado sustentado por un friso de barbacanas. Antecedente: torre de la iglesia del monasterio de Santa María de Illescas (Toledo).
- 5 — Nichos u hornacinas platerescas para las estatuas de San Pío Quinto y San Buenaventura al frente de la capilla. Antecedentes: nichos de la portada de la llamada "Capilla Real" en Granada y de la portada de "Pellegeria" en la catedral de Burgos.
- 6 — Arquería que ilumina la caja de la escalera. Antecedente: claustro alto del Colegio de Santa Cruz, en Toledo.
- 7 — Monumento funerario a Monseñor Carrasquilla excavado o empotrado en el nuevo; arco carpanel, gran escudo sobre la cornisa, fondo de mármol oscuro. Antecedentes: sepulcro de Doña Beatriz de Suabia en la Capilla Real de la Catedral de Sevilla. Monumento funerario en la Sinagoga del Tránsito, en Toledo.
- 8 — Balcones decorados con boliches metálicos y sostenidos por canecillos de hierro en forma de ese. Antecedentes: balcón sobre el portal de la casa del Marqués de Fuensanta en Córdoba. Casa de Lope de Vega, en Madrid. (Entre mil ejemplos de esta clase).
- 9 — Ventanales interiores. Antecedente: Casa de Pilatos, Sevilla.